



El Cristianismo original no únicamente goza del testimonio armoniosamente unificado que las Sagradas Escrituras registran de el, (algo que algunos escépticos insisten en catalogar “argumentos circulares” es decir, un testimonio considerado por ellos insuficiente por tratarse de una fuente parcial). Adicionalmente, la existencia del Cristianismo, teniendo a Cristo como su fuente u origen y a una multitud de Cristianos esparcidos por el mundo desde el primer siglo hasta ahora como Sus devotos discípulos, goza del testimonio ineludible dejado para las postrimerías de la historia de parte de *sus mismos enemigos*.

La Cita de Cornelio Tácito

Uno de ellos, es el testimonio del historiador, cónsul, y senador Romano, **Cornelio Tácito** (55-120 D. C.) quien a la muerte del Emperador Domiciano en el año 97 D. C. se le permitió escribir con mayor libertad de expresión sus memorias históricas del Imperio. Relatando los tiempos de la severa persecución del infame Emperador Nerón, quien para intentar silenciar los rumores que corrían en su contra por el feroz incendio que cobró una multitud de vidas en la catástrofe, fabricó la falsa impugnación que los Cristianos de Roma habían sido los causantes del incendio del 18 de Julio del año 64 D. C.

Es reportado que Cristianos en la ciudad de Roma residían numerosamente en la capital del imperio a mediados del primer siglo D. C. así como numerosos Judíos, Samaritanos, Sirios, Griegos, y personas de otras razas Mediterráneas. Habiendo trabajado de cerca con algunos de los principales Emperadores de su tiempo tales como Vespasiano (69-79 D. C.), Tito (79-81 D. C.) y Domiciano (81-96 D. C.) y evidentemente influenciado por sus cargos como cónsul, pretor y procónsul (o gobernador de Britania) sumado a su aversión hacia el Cristianismo, Tácito no tuvo ninguna consideración favorable hacia los Cristianos y su fe. Se refirió a ellos con el desprecio que caracteriza a los incrédulos cuando hablan o relatan lo que ignoran y desprecian: Tácito escribió: “Así Nerón, para divertir esta voz y descargarse, dio por culpados de él, y comenzó a castigar con exquisitos géneros de tormentos, a unos hombres aborrecidos del vulgo por sus excesos, llamados comúnmente Cristianos. El autor de este nombre fue Cristo, el cual, imperando Tiberio, había sido justiciado por orden de Poncio Pilato, procurador, de la Judea; y aunque por entonces se reprimió algún tanto aquella perniciosa superstición tornaba otra vez a reverdecir, no solamente en Judea, origen de este mal, pero también en Roma, donde llegan y celebran todas las cosas atroces y vergonzosas que hay en las

demás partes. Fueron, pues, castigados al principio los que profesaban públicamente esta religión, y después, por indicios de aquellos, una multitud infinita, no tanto por el delito del incendio que se les imputaba, como por haberse convencido general aborrecimiento a la generación humana.... A unos se vestían de pellejos de fieras, para que de esta manera los despedazasen los perros; a otros ponían en cruces; a otros echaban sobre grandes rimeros de leña, a los que, en falta del día, se les prendía fuego, para que ardiendo con ellos, sirviesen para alumbrar en las tinieblas de la noche... Y así, aunque culpables éstos y merecedores del último suplicio, movían con todo eso a compasión y lástima grande, como personas a quien se quitaba tan miserablemente la vida, no para provecho público, sino para satisfacer a la crueldad de uno sólo” (*Los Anales*, Libro XV.44.).

Los historiadores y autores de la obra en 6 volúmenes de *Historia Universal*, Oscar Secco Ellauri y Pedro Daniel Baridón escribieron: “.... para disipar esas sospechas y desviar por otros cauces la indignación popular, Nerón atribuyó la culpa del incendio a los Cristianos, contra quienes desencadenó una sangrienta persecución. Muchos de ellos fueron quemados vivos en los jardines imperiales, sirviendo de antorchas humanas para iluminar las carreras de carros en quienes intervino el propio emperador” (*Historia Universal*, III: 165).

El Verdadero Culpable

Pero “La verdad triunfa por sí misma, la mentira necesita complicidad” decía Epicteto (55-135 D. C.) el filósofo Griego estoico y tal como el fuego devoró dos tercios de la ciudad en seis días y siete noches, de la misma manera, la verdad del incendio alcanzaría al *verdadero* perpetrador. Mientras que en las noches del incendio, Nerón fue visto desde la terraza de su palacio

sátiricamente cantando “la ruina de Troya” cuatro años más tarde es reportado huyendo del Senado quien le había retirado la guardia que lo escoltaba, y huyendo de la furia de los ciudadanos quienes ahora lo odiaban con la *misma* magnitud con la que antes lo aclamaban. Tan sólo pocos días después del incendio, Nerón únicamente salía a las calles de la ciudad (que intentaba ponerse de pie en la reconstrucción que el mismo ordenó) con máscaras sobre su rostro para evitar ser delatado y recibir el reproche del pueblo. Pero ahora que todo el mundo se ha convencido de su infamia, Nerón se ha dado a la fuga por las cuevas y lugares solitarios fuera de la ciudad acompañado con únicamente tres de sus cómplices. Faón, Epafrodito y Esporo (su amante). El historiador, político y militar, **Dión Casio** (155-235 D.C.) le describe como uno que se arrastraba “sobre el suelo para no correr el riesgo de ser visto. De cualquiera que pasaba sospechaba que venía por él; temblaba a cada voz que oía, pensando que era la de alguno que lo buscaba; si un perro ladraba o un pájaro trinaba, o si una rama o arbusto era agitada por el viento, se ponía extremadamente nervioso. Todos aquellos ruidos no le dejaron descansar y no se atrevía a dirigir una palabra a ninguno de los que estaban con él por temor a ser escuchado” (*Historia Romana*, Libro LXII.28.1 Versión electrónica; www.academia.edu).

Dión Casio tiene la descripción más detallada del incendio de Roma. Relatando aquellos fatídicos y turbulentos días escribió: “Todos los ciudadanos, por toda la ciudad, estaban presos de una extraordinaria agitación, corriendo unos en una dirección y otros para otra, como aturcidos... Gritos y lamentos sin fin de niños, mujeres y ancianos, todos juntos, de manera que nadie podía ver nada ni comprender que se decía, por culpa del humo y los gritos, y por tal motivo, se pudo ver a algunos sin habla. Mudos de estupor... Muchos se asfixiaron, otros fueron pisoteados, en una palabra, no

hubo daño que pudiera ocurrir a las gentes que les ocurriese... Mientras tales escenas ocurrían en diversos lugares, un viento atrapó las llamas y las llevó indiscriminadamente contra todos los edificios restantes... El desastre experimentado entonces por la ciudad no tuvo paralelo ante ni después, excepto en la invasión de los Galos. Toda la colina Palatina, el teatro de Tauro y casi dos tercios del resto de la ciudad fueron incendiados, pereciendo incontables personas” (*Ibíd.*).

¿Qué motivos tendría el desequilibrado Nerón para prender fuego a la misma capital del imperio desde la cual gobernaba? **Cayo Suetonio**, (70-126 D. C.) escribió: “Le desagradaba [a Nerón] el mal gusto de los edificios antiguos, la angostura e irregularidad de las calles, hizo prender fuego a la ciudad, y tan descaradamente, que algunos consulares, sorprendiendo en sus casas esclavos de su cámara, con estopas y antorchas, no se atrevieron a detenerlos” (*Vida de los Doce Césares*, Nerón, 283).

Cuando algunos soldados con sus jinetes se aproximaban al lugar donde se escondía el fugitivo, Nerón pidió a uno de sus compañeros darle muerte. Ante la negativa de ellos, él mismo se lanzó sobre su espada y se cortó el cuello. Para no prolongar su agonía, uno de sus acompañantes (Epafrodito) le “asestó el golpe de gracia” (Dión Casio). Se reporta además a Nerón exclamando antes de morir “¡Por Júpiter, qué artista muere conmigo!” Murió apenas a los 30 años, víctima de sus propias locuras, atrocidades, y perversidades. Con él también se pudo fin a la dinastía Julio-Claudiana de Emperadores para dar paso a la dinastía Flaviana.

Los de la Casa del César

El Nuevo Testamento guarda silencio sobre éste Emperador por su nombre. Pero se asume que el apóstol Pablo apeló a él cuando

pidió ser juzgado por “César” desde Cesárea dónde fue acusado por los principales sacerdotes y judíos influyentes de Jerusalén frente a Porcio Festo el procurador de ese año (Hechos 25:11).

Mientras Nerón castigaba a Roma y a sus ciudadanos ordenando asesinar a diestra y siniestra a muchos de los senadores que levantan su voz contra sus vergonzosas imprudencias, escandalosos derroches y asesinatos de toda inimaginable crueldad, (ordenó ejecutar a su propia madre, a su tía y a todas sus amantes); el Cristianismo marchaba por las calles que sus antecesores habían construido y se expandía gracias a la Pax Romana que se había establecido debido al control de las Guarniciones militares que los Emperadores habían colocado en muchas de las provincias conquistadas. Paradójicamente mientras el nefasto Nerón hacía correr la sangre piadosa de muchos Cristianos y los volvía afrenta de sus más depravadas imaginaciones, algunos miembros de la realeza estaban obedeciendo a la fe “Todos los santos os saludan, y especialmente los de la casa [“del palacio del emperador” --- *Today’s English Version*] [“de la casa Imperial” — *Biblia de Jerusalén*] (Filipenses 4:22).

Naturalmente la expresión no puede entenderse como si miembros físicos de la familia sanguínea del Emperador hubiesen pertenecido a la fe. Más bien “siervos domésticos y administrativos que estaban trabajando para él... El hecho que existieron discípulos aún entre los propios siervos del Emperador también nos da una medida del éxito de los esfuerzos de Pablo para evangelizar en la ciudad Imperial” (Walton Weaver, *Philippians-Colossians*, 254, Truth Commentaries, 1996). Patrick E. Harrell dice que el término [“los de la Casa del César”] “puede también haber incluido funcionarios y siervos, personas con quienes Pablo pudo más fácilmente entrar en contacto durante su larga prisión. Ellos ahora han sido

convertidos y envían sus saludos a la congregación Griega” (*The Letter of Paul to the Philippinas*, 150).

¿Quiénes más específicamente pudieron haber sido incluidos entre los que Pablo denomina “los de la casa del César”? F. F. Bruce escribió: “Muchos Comentaristas desde Juan Calvino en adelante, han sugerido a los esclavos de Tiberio César Narciso, un liberto rico del Emperador Tiberio que ejerció gran influencia bajo el Emperador Claudio, pero que fue ejecutado pronto después del ascenso de Nerón en el año 54 D. C. junto al caso de la madre de Nerón, Agripina. Sus bienes fueron confiscados y sus esclavos se habrían convertido en propiedad Imperial, distinguiéndose de los demás en la casa Imperial por la designación Narcisiana” (*Philippians*, 158). Evidentemente esta es una posible conjetura que carece de fundamentos más firmes (el texto inspirado no da nombres propios), pero una cosa es segura, los funcionarios y siervos que el mensaje del Evangelio tocó por boca de Pablo fueron convertidos a Cristo a pesar de trabajar estrechamente con la poderosa administración encabezada por Nerón, el emperador en turno en el tiempo del encarcelamiento del apóstol en Roma. Joseph B. Lightfoot, el renombrado profesor de la Universidad de Oxford y Cambridge en Inglaterra a finales del siglo XVIII y autor del volumen patristico “*Los Padres Apostólicos*” (1890) basándose en investigaciones hechas a sepulcros exhumados sobre la Vía Apia en la antigua Roma y los nombres inscritos sobre sus tumbas escribió: “Los ocupantes de estas tumbas recientemente excavadas son casi todos de libertos o esclavos de los Emperadores. La frecuencia del nombre ‘Ti Claudius’ sugiere una fecha no anterior y no mucho más tarde que al Segundo o Cuarto César. Y esta fecha es confirmada por medio de la mención de otros miembros de la familia Imperial en ese tiempo, tales como Mesalina, Octavia, Agripina, Druso, etc. Aunque aquí y

allá un nombre apunta a un Emperador posterior, la gran mayoría de las tumbas debe asignarse al reinado de Nerón o sus predecesores inmediatos o sucesores, y por lo tanto, las personas a quienes se refiere eran en su mayoría contemporáneos de Pablo. Además de estas fuentes especiales de información, un gran número de inscripciones relatando a los siervos y dependientes de los Emperadores han sido descubiertos... Por estos medios, obtenemos idea en los nombres y oficios de “la casa del César” correspondiente a la fecha cuando la expresión fue usada en la Epístola a los Filipenses” (*St. Paul’s Epistle to the Philippians*, 172).

Comentando el impacto de la predicación de Pablo durante sus días en la prisión Romana A. T. Robertson señaló: “Es dudoso que Nerón hubiera oído acerca de Pablo, por cuanto su causa puede haber sido sobrepasada por el transcurso del tiempo. Pero este oscuro prisionero que ha plantado el evangelio en la casa del César ha ganado una mayor fama y poder para la eternidad que todos los Césares juntos. Nerón cometerá suicidio poco después que Pablo haya sido ejecutado. La estrella de Nerón se abatió y cayó a tierra, mientras que la de Pablo subió y sigue en ascenso” (*Imágenes Verbales en el Nuevo Testamento*, 4:613).

“La sangre de los mártires es la semilla de la Iglesia” señaló Tertuliano (160-220 D. C.). Una verdad que se volvería todavía más evidente en los años posteriores a la época de Nerón. La exclamación de los Cristianos martirizados de todos los tiempos un día tendrá su respuesta y su gloriosa recompensa “¿Hasta cuándo, Señor, Santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran sobre la tierra?” (Apoc.6:10). No hay un poder humano, ni siquiera la masacre emprendida por el aborrecible y depravado Nerón sobre los Cristianos que los pueda separar de su gloria y corona en el día de su Resurrección (Rom.8:35-39).